

ra sido preciso que el archiduque, aprovechando ocasion tan propicia, hubiese perseguido al enemigo hasta Lobau, como los franceses temian porque creían que era empresa de fácil realizacion, mientras Napoleon se encontraba en Kaiser-Ebersdorf sumido en mortal sopor.

El mariscal Marmont dice en sus «Memorias» (1): «Imagínese cuál sería la terrible situacion del ejército francés: dividido en dos partes por la corriente del Danubio, tan ancha delante de Viena, apenas podia comunicarse entre sí, y aun

de una manera muy insegura, por medio de barcas: la parte que se habia encontrado en la orilla izquierda y que despues de haber sido diezmada por una lucha mortífera y encarnizada se habia refugiado en la isla de Lobau, no tenia ni municiones para pelear ni espacio para moverse. Delante de sí, al otro lado de un brazo del rio que no tendria mas anchura que un torrente, tenia las fuerzas enemigas vencedoras y provistas de todo lo necesario. Si el ejército austriaco hubiera atacado la isla al arma blanca, lo cual era muy posible,



El mayor Schill.

De una litografía de J. C. Schall, cuadro de Max Beeger.

si además un cuerpo de 12 á 15,000 hombres hubiera pasado el Danubio por Krem, y la poblacion de Viena se hubiese levantado en armas, á lo que parecia muy dispuesta, todas las fuerzas que se habian reunido en la tan famosa isla, — el cuerpo de Massena, el de Lannes, la caballería de la guardia, — habrian sido infaliblemente hechas prisioneras ó aniquiladas.»

¿Por qué no se intentó este ataque, por qué por espacio de seis semanas nada, absolutamente nada se hizo contra el emperador, que apenas despertado de su letargo volvió á mostrar una febril actividad? Marmont opina que esto fué debido á que el archiduque tenia tal miedo á Napoleon, que no po-

(1) *Mémoires*, tomo III, pág. 216.

dia volver en sí de la sorpresa de no haber sido derrotado por él. Refiere además Marmont, tomándolo segun parece de las manifestaciones del mismo conde Bubna, que el archiduque, en las jornadas de abril delante de Ratisbona, sintióse poseido de un verdadero espasmo que turbó su inteligencia y su voluntad solo porque supo que tenia delante á Napoleon en persona. Los austriacos parecen, sin embargo, haber atribuido esta incomprensible inaccion á la esperanza que tenia puesta el archiduque en la cooperacion de Prusia (2), pero el que hoy en dia admite aun esta disculpa no echa de ver, como no se echó de ver tampoco entonces, que la idea de ser auxiliado por los prusianos en nada afectaba al deber

(2) Beer, pág. 388.

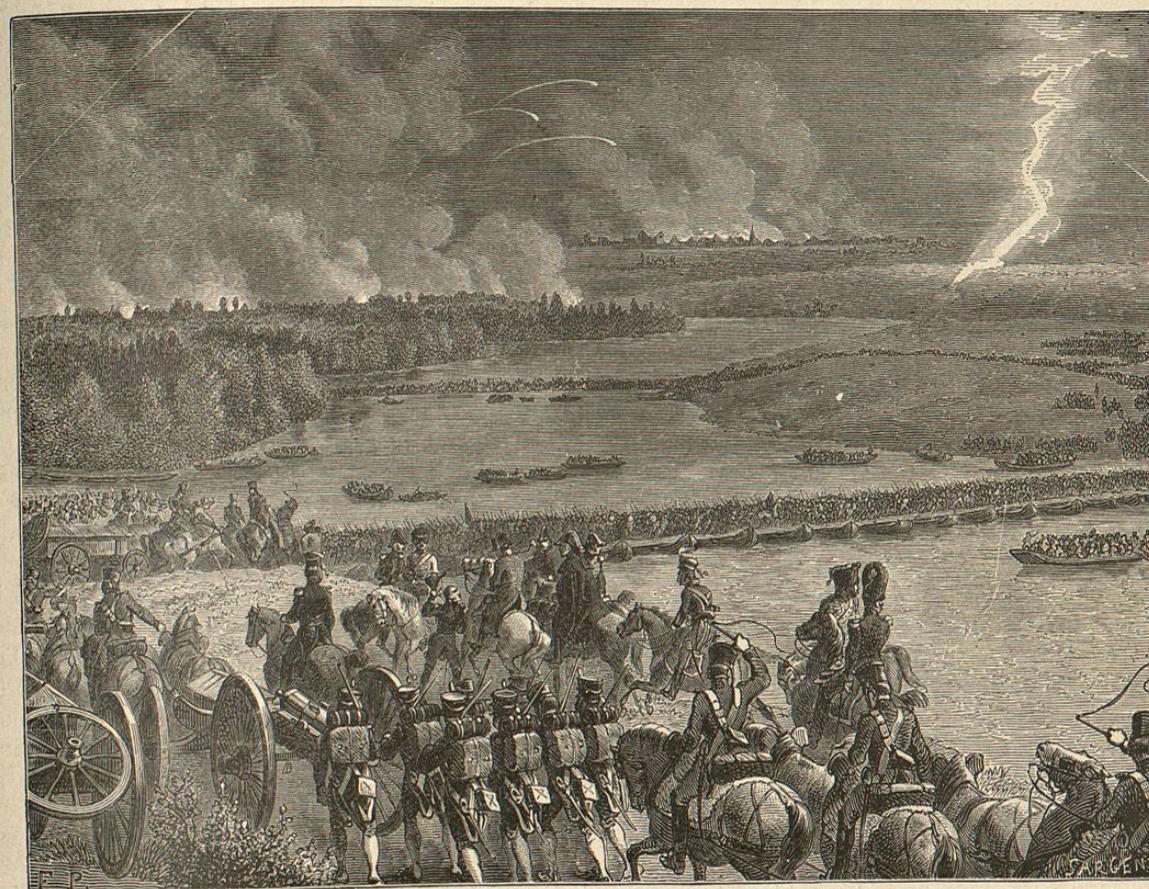
que pesaba sobre el archiduque de emplear hasta el último soldado, el último caballo y el último aliento para acabar con Napoleon. Harto conocida debia ser la táctica guerrera de Napoleon para saber que ninguna «diversion» fuera cual fuese, podia ser bastante á contenerle en su propósito de descargar el golpe principal allí donde estaba la principal fuerza del enemigo, cuya destruccion hacia desaparecer todos los peligros secundarios.

«La cooperacion de Prusia!» ¿Quién, durante la primavera y el verano de 1809, no la hubiera invocado, quién no hubiera dirigido hácia ella su vista, quién no hubiera esperado de ella los mayores milagros?

En un «Catecismo manual de los alemanes, imitado del

español, para el uso de los niños y de todos los hombres,» léase lo siguiente. Pregunta: «Hijo mio, ¿qué accion comete el que no obedece ó se atreve á resistir de palabra ó de obra el llamamiento dirigido por el archiduque Carlos á la nacion?» Respuesta: «Una alta traicion, padre mio (1).»

Esto escribia el poeta Enrique de Kleist, que para contrarrestar el dolor de una existencia irremisiblemente perdida no encontraba dentro de sí mismo mas apoyo que la última esperanza moribunda de ver representada en la escena de la historia universal la «batalla de Hermann,» que sus ojos de poeta habian vislumbrado, y de ser, en el dia de la victoria y de la expiacion, un cantor digno de su pueblo. Kleist escribió para el periódico: *Germania*, próximo á publicarse, las



El ejército francés atravesando el Danubio en la noche del 4 al 5 de julio

siguientes frases: «Este periódico ha de ser el primer suspiro de la libertad alemana, y debe expresar todo lo que durante los últimos años transcurridos bajo la opresion francesa ha tenido que permanecer oculto en los pechos de los valerosos alemanes, todos los temores, todas las esperanzas, todas las desdichas, todas las felicidades. Ha de colocarse en la cima de las peñas y hacer retumbar por el valle el canto de guerra: ha de cantarte á tí, ¡oh patria! y ha de cantar tambien tu santidad y tu magnificencia y la ruina que ha hecho llegar hasta tí el embate de sus olas.» Porque, ¿de qué se trataba en esta guerra? «Se trataba de una comunidad cuyas raíces penetran á millares en el suelo del tiempo como las de un roble, cuya copa, dando sombra á la virtud y á la moralidad, llega hasta el plateado borde de las nubes y cuya existencia ha sido santificada por la tercera parte de una edad de la tierra; comunidad que puede ostentar grandes nombres, como flores la primavera, comunidad á la cual ningun pecho aleman puede sobrevivir y que solo con sangre debe ser enterrada.» «Que arrastre cadenas quien quiera, yo no, — exclamaba el anciano Blucher, — no sé por qué no hemos de considerarnos

iguales á los tiroleses y á los españoles.» Iguales ideas que en la del poeta y en la del héroe bullian en la mente del hombre de Estado, baron de Stein, cuyas cartas al príncipe Wittgenstein conocemos (2), y cuyos sucesores, el conde Dohna y el baron de Altenstein, pensaban de la misma manera que él. El insensato atrevimiento con que el mayor real Fernando de Schill rompió los lazos de la obediencia y juró hacer por sí y ante sí un llamamiento á los pueblos del Norte de Alemania para que se asociaran á la guerra de liberacion, era indicio evidente del espíritu que reinaba así entre el ejército prusiano como entre el pueblo y en la corte. Un solo hombre se oponia á la union, el rey Federico Guillermo, que, á pesar de estar animado de los mismos sentimientos que su esposa, los príncipes, los ministros y los generales, se contenia porque en definitiva no se atrevia á arriesgar lo último que le quedaba á Prusia que perder, en una aventura

(1) *Escritos políticos de Enrique de Kleist y otros suplementos de sus obras*, con una introduccion publicada por vez primera por Rodolfo Kopke. Berlin, 1882, págs. 91-92.

(2) Véase anteriormente.

que ni militar ni políticamente ofrecía garantías de éxito y cuyo fracaso no podía evitar su quebrantado y expoliado país mientras subsistiera la alianza entre Francia y Rusia. Todavía oiremos hablar de los espasmos y convulsiones que durante este período agitaron á la nación prusiana. Lo cierto es que Federico Guillermo podía adoptar la resolución que mejor le pareciera y apreciar exacta ó equivocadamente la impotencia en qué se encontraba; pero no le era ya dado enmendar ó compensar lo que el archiduque Carlos había desperdiciado en el Danubio durante sus seis semanas de inacción, cuando Napoleón, después de los mayores preparativos, apareció nuevamente en Marchfeld para llegar á una solución definitiva.

En la noche del 4 al 5 de julio y en medio de una espantosa lluvia, Napoleón hizo pasar á su ejército á la orilla izquierda del Danubio: para la serie de golpes que pensaba descargar en Marchfeld juntó 160,000 soldados y 584 piezas de artillería (1) y con la simple elección del lugar por donde su ejército pasó el río echó por tierra el plan de batalla del enemigo. Este había creído, — cosa á todas luces inexplicable, — y persistía en creer, á pesar de los preparativos de los franceses, que Napoleón iba á pasar por entre Aspern y Essling, es decir, por el mismo sitio en que tan mal le había ido la primera vez, y en esta creencia habíase preparado todo para recibirle enfrente de la parte Norte de la isla. Pero Napoleón tuvo la ocurrencia de echar sus puentes en la parte oriental de ésta sobre el brazo de río de la ciudad, y no encontró trincheras ni cañones: en cuanto á tropas, pocas fueron las que pudieron molestarle y aun éstas desde muy lejos. En la madrugada del 5 de julio escribía el archiduque Carlos al archiduque Juan: «No pienso ya dar en la orilla del Danubio una batalla ofensiva en la cual lo arriesgaria todo y el enemigo nada, por haber podido establecer sus baterías y su artillería de sitio (2).» Para expresar lo que se proponía hacer el archiduque después que el enemigo hubo pasado el río sin dificultad alguna, se inventó la extraña frase «ofensiva defensiva.» El archiduque había colocado sus fuerzas (110,000 hombres y 452 cañones á lo sumo) en una línea que desde el Norte y el Nordeste cerraba la villa de Marchfeld: su ala izquierda estaba situada en la llanura detrás del Russbach y se prolongaba desde el Wagram alemán hasta Margrafen-Neusiedel y Glinzendorf: su ala derecha extendíase, desde Wagram hácia el Sudoeste hasta el Danubio, atravesando á Sussenbrunn, Gerasdorf y Stammersdorf. Los combates parciales que se trabaron cuando los franceses se extendieron por Marchfeld se convirtieron en la tarde del 5 de julio en un violento ataque contra el ala izquierda de los austriacos, en el Russbach. La lucha se entabló entre 98,000 franceses y 65,000 austriacos y duró hasta muy entrada la noche con varias alternativas, y al final los austriacos conservaban todas sus posiciones, habiendo rechazado en todos los puntos el ataque de los franceses.

Para el segundo día de la batalla el archiduque Carlos hizo avanzar el ala derecha de su ejército hasta colocarse muy cerca del ala izquierda de los franceses en la línea Wagram, Aderklaa, Breitenlee é Hirschstadt, y las órdenes que para el inminente combate principal transmitió correspondían al temerario plan de atacar simultáneamente con las dos alas, mientras el centro esperaba inmóvil al enemigo. Todo dependía de la simultaneidad de movimientos de ambas alas, pero era imposible lograrla dada la gran distancia á que se encontraba la derecha. El ataque que en la madrugada del 6 en-

prendió el general Rosenberg con el extremo del ala izquierda contra las posiciones ocupadas por Davout en Glinzendorf, fué un golpe en vago que ocasionó grandes pérdidas y con el cual no se logró casi nada. Cuando Napoleón comprendió que el plan del archiduque consistía en envolverle con el ala derecha, resolvió romper el centro de los austriacos por medio de un contra-ataque dirigido sobre Aderklaa y Wagram. Junto á Aderklaa sostúvose un encarnizado combate que se prolongó por espacio de muchas horas, hasta que á las once Napoleón ordenó al general Macdonald que, protegido por 104 piezas de artillería, organizara una poderosa columna de ataque mientras Davout atacaba el ala izquierda de los austriacos y Massena marchaba por Essling sobre la derecha. Con 31,000 infantes y 6,000 jinetes intentóse por primera vez romper la línea austriaca desde Raasdorf y en dirección á Sussenbrunn, pero los agresores se vieron rechazados de cerca por una terrible lluvia de metralla. Al segundo ataque consiguieron los franceses, después de cinco arremetidas, hacer por lo menos retroceder la muralla de hierro hasta entonces inmóvil en el mismo momento en que Davout y Massena, avanzando desde la izquierda y la derecha respectivamente, se lanzaban con irresistible ímpetu sobre el centro. En vista de esto, el archiduque resolvió poco después de mediodía suspender la batalla, que hacia nueve horas que duraba y que en modo alguno podía ser ganada por los austriacos. Entre una y dos de la tarde emprendióse la retirada general, que se llevó á cabo con toda regularidad: entre las cuatro y las cinco, cuando ya todo había concluido, se presentó el archiduque Juan, que con sus 11,000 hombres (3) acudía desde Marchegg, en la comarca de Siebenbrunn, al Norte del Russbach, donde el generalísimo le esperaba por la mañana. Posteriormente, en la orden del día que dió después de la batalla de Znaim el archiduque Carlos atribuyó á este retardo la culpa de «que no se hubiese ganado la batalla del 6 de julio y de que hubiera tenido que emprenderse la retirada (4).» Marmont, que como testigo presencial nos explica el espanto que en el primer momento produjo la aparición del archiduque Juan, añade: «En la batalla no había tomado parte todo el ejército francés, pues quedaban todavía como tropas de refresco y en buena disposición 35,000 hombres, el cuerpo de mi mando y la guardia: estábamos, pues, prontos á recibir al archiduque Juan y contábamos con sobradas fuerzas para derrotarle (5).»

La batalla «suspendida» del 6 de julio no significaba una derrota de los austriacos ni era una acción militar decisiva. La campaña no se perdió hasta que el archiduque la dió por perdida, firmando después del último combate sangriento de Znaim, el día 18 de julio, un armisticio en virtud del cual se cedia á los franceses una tercera parte de la monarquía (4,000 millas cuadradas y ocho millones y medio de habitantes), poniéndoles, por tanto, en condiciones de imponer una paz equivalente á la sujeción.

CAPITULO III

PRUSIA Y LA PAZ DE VIENA. — MATRIMONIO AUSTRIACO. ROMPIAMIENTO CON EL PAPA

Federico Guillermo sacó de las calamidades que sobre él había atraído mas que la paz la alianza de Tilsit, la enseñanza política de que sólo una triple alianza que uniera entre sí de una manera inseparable las tres potencias, Rusia, Prusia y Austria, podía ser la palanca que promoviera un levanta-

(1) Heller de Hellwald: *La campaña de 1809 en el Sur de Alemania*, tomo II, pág. 164. (Cuaderno aparte de la *Revista militar austriaca*, 1864.)

(2) Heller de Hellwald, pág. 157, nota.

(3) Heller de Hellwald, pág. 206, nota.

(4) Heller de Hellwald, pág. 223, nota.

(5) *Memorias*, tomo III, pág. 239.

miento general. En este sentido hizo algunas indicaciones al emperador Alejandro cuando á consecuencia de los asuntos de España se preparaba el levantamiento austriaco; pero durante su permanencia con la reina Luisa en San Petersburgo, á principios de 1809, oyó de labios de su imperial huésped que en virtud del reciente convenio de Erfurt, «léjos de poder empuñar las armas en favor del Austria ó permanecer siquiera neutral, habíase obligado á auxiliar con 150,000 hombres á los franceses en el caso de que éstos se vieran agredidos por los austriacos.» Además, el emperador, de acuerdo con Napoleón, se esforzó por atraer al rey de Prusia al sistema de Tilsit-Erfurt (1). Federico Guillermo, al verse obligado á renunciar á toda promesa de parte de Rusia, en el caso de que Austria fuese la agresora, pensó en conseguir por lo menos una triple alianza para defenderse recíprocamente, contando que por ella sacrificaría el Austria todos sus planes de ataque. Pero no pudo tampoco obtener este resultado porque el Austria no quiso abandonar sus proyectos, en vista de lo cual Federico Guillermo se propuso asegurar á lo menos á su país contra cualquier agresión de Rusia, y á este efecto escribió al emperador Alejandro en 24 de marzo de 1809: «Agradezco el ofrecimiento que me hace vuestra majestad de enviarme por escrito la promesa de proteger contra cualquier ataque la independencia y la integridad de Prusia. Esta garantía será por mí considerada como la de mi futura seguridad, pero me atrevo á confesar á vuestra majestad que no me considero completamente tranquilo hasta que se digno reconocer la alianza y prometer expresamente defender con toda energía á Prusia en cualquiera de estos dos casos: 1.º siempre que se me exijan cosas que se salgan de las condiciones de mis tratados y que para obtenerlas, en vista de mi negativa, se apele á las amenazas y á la violencia; 2.º cuando se pretenda ocupar de nuevo mis Estados á pretexto de que no se ha pagado la contribución, cuyo pago puede sufrir algún retardo, á pesar de la mejor voluntad, á consecuencia de la inesperada imposibilidad de contratar un empréstito en el extranjero y de hacer efectivas en plazos fatales y en un país extenuado las sumas necesarias (2).»

El rey no pudo obtener la promesa en que cifraba todas sus esperanzas, antes al contrario, el día 12 de abril el mayor Scholler entregó personalmente la anterior carta al emperador en San Petersburgo, y después de haberla leído dijo Alejandro: «No puedo engañar al rey haciéndole concebir falsas esperanzas: debo, pues, declarar terminantemente que la situación en que me encuentro me impone el mas estricto cumplimiento de todos los tratados. Si Prusia, no cumpliendo sus compromisos, da ocasión á Francia para adoptar medidas molestas, no puedo yo por este motivo envolver á Rusia en una guerra; pero en el caso de que Francia atacara sin razón alguna á Prusia, yo defendería al rey con todas mis fuerzas (3).»

La política de guerra por la que tan ardientemente suspiraban cuantos rodeaban al rey, nada podía, pues, esperar de parte de Rusia. Esto, sin embargo, no fué obstáculo para que Federico Guillermo encargara en 30 de abril á su embajador en París que hiciera la grave declaración de que no podía seguir pagando la indemnización de guerra y que necesitaba por de pronto una prórroga y luego una rebaja. El rey perseveró en la senda que con esta manifestación había abierto á pesar de la honda impresión que produjeron las noticias de

las derrotas sufridas por el archiduque Carlos durante la campaña de cinco días sostenida cerca de Ratisbona.

Las emociones que el mayor Schill no había podido dominar por mas tiempo se habían apoderado de tal manera del alma del mismo rey, que al tener noticia de que aquél salía de Berlín escribió en 9 de mayo al conde Goltz, que como ministro suyo gobernaba en esta capital, la siguiente carta: «Tengo tomada mi resolución y os declaro que en lo esencial coincide con vuestras proposiciones. Os hago responsable del secreto y creo daros la mejor prueba de mi confianza autorizándoos, á fin de calmar la opinión que allí ruge y que ha sido fomentada por los altos funcionarios civiles y militares, — faltando en parte á sus deberes, — para tranquilizar á los principales autores ó directores de esta opinión sobrecitada por medio de sugerencias acerca del desenvolvimiento del asunto principal ó por otros medios (4).» Pocos días después recibía el conde Goltz plenos poderes para pactar con el embajador austriaco en Berlín, baron de Wessenberg, adoptando la forma de una nota que habían de aprobar ambas potencias y por la cual el Austria se obligaba á ayudar á Prusia en la reconquista de sus antiguas provincias con su conveniente frontera, y Prusia, en cambio, se comprometía á entrar con todas sus fuerzas en la guerra ocho días después de aceptada la nota. En 12 de mayo el monarca había preparado al emperador Alejandro para este giro de los sucesos por medio de una carta en la cual le preguntaba qué haría Rusia en el caso de que él se viera obligado, contra su voluntad, á ceder á los impulsos bélicos de su pueblo. «Dígnese V. M., le ruego, tener en consideración cuán á menudo se ve uno arrastrado por la fuerza de las circunstancias, cuya violencia no siempre puede ser dominada por la buena voluntad. En este caso, ¿se pondría V. M. contra mí y rompería todos los lazos que le unen á mí y á mi pobre nación, si yo me viera mas ó menos tarde obligado (¡quiera Dios que no suceda esto en mucho tiempo!) á renunciar al sistema á que me siento inclinado mas por los sentimientos de mi corazón que por simples consideraciones políticas? Hasta ahora he permanecido inexorable y me he opuesto á cuantos pasos se han dado ora por el Austria, ora por la casi totalidad de mi pueblo para lograr que me uniera al Austria. Pero los ánimos están tan excitados, la agitación y la indignación son tan grandes, que de no adoptar la resolución que la nación entera reclama, me expongo á perderlo todo.» Terminaba el rey pidiendo la promesa concreta de que Rusia «en ningún caso» sería enemiga de Prusia si ésta se veía obligada á unirse al Austria (5). Al día siguiente de haber enviado esta carta, supo Federico Guillermo que Rusia había comenzado la guerra contra el Austria, que, sin embargo, no sería mas que una especie de guerra simulada (6). Pero la contestación que en 26 de mayo le llevó el coronel Gorgoly, ayudante del emperador, le demostró con tanta elocuencia su fracaso en el camino que quería emprender (7) que por primera vez comenzó á dudar de todo cuanto le venían predicando los patriotas hacia semanas y aun meses. El emperador, en efecto, declaraba que él no contribuiría ni remotamente á la destrucción de Prusia, pero que ésta se consumaría á pesar suyo y sin que á él le fuera dado impedirlo, pues el Austria estaba irremisiblemente perdida, porque no tenía ningún general que pudiera hacer frente á Napoleón, y con Austria se perdería también Prusia en el caso de que uniera sus destinos á los de aquella potencia, ya que llegaría demasiado tarde para salvarla, pero á tiempo para hundirse con ella. Los hechos que venían al

(1) Duncker: *Federico Guillermo III en el año 1809. Anuario prusiano*, tomo XLI (1878), págs. 136-159.

(2) Martens: *Recueil des traités et conventions*, tomo III (San Petersburgo, 1885), pág. 6.

(3) Duncker, pág. 144.

(4) Duncker, pág. 145.

(5) Martens, págs. 7-8.

(6) Duncker, pág. 147.

(7) Duncker, págs. 149-151. Martens, págs. 8-9.